

## Señora Lázara (sobre Sylvia Plath)

Marianne Moore (promoción de 1909 de Bryn Mawr), Elizabeth Bishop (promoción de 1934 de Vassar) y Sylvia Plath (promoción de 1955 de Smith): tres mujeres cultas de tres generaciones distintas que obtuvieron reconocimiento como poetas. Esto, dicho así, suena a circunloquio. *Es un circunloquio, pero tengo la sensación de que traicionaría el espíritu de Moore y Bishop si las llamara poetisas.* Moore era una feminista, una sufragista. Aunque parece que el matrimonio no fue nunca una de sus ambiciones, al final tuvo que asumir el sacrificio o la renuncia común a las mujeres con vocación. Le atraían la vanguardia, la evolución y los entresijos del *modernism* y, aunque sus creaciones son sorprendentemente originales (hasta el punto de que un poema supuestamente dedicado a su padre es al parecer ficticio), tal impersonalidad no es atípica del *modernism*. Original en todos los sentidos de la palabra, enseguida fue vista como igual y compañera de viaje de Pound, Eliot, Stevens o Williams.

En el caso de Bishop estamos ante una mujer emancipada, cuyas relaciones con los hombres eran episódicas. En su juventud estableció amistad con parejas formadas por mujeres muy inteligentes (Margaret Miller, Louise Crane y Marianne Moore) y sus madres respectivas. Poseía una modesta fortuna y, como consecuencia, no sufrió los conflictos habituales entre matrimonio y escritura, o entre la escritura y los imperativos de una carrera profesional: sus conflictos, más desesperados, tenían otra causa. Cuando Plath empezó a leer a Bishop no ocultó su admiración: «fina originalidad, siempre sorprendente, nunca rígida, más jugosa que Marianne Moore, que es su madrina». Madrina es un término adecuado a la naturaleza de la relación entre Moore y Bishop. Pero, ¿quiénes eran los colegas, los iguales de Bishop? Cualquiera de su generación, sin importar el sexo, hubiera servido. Robert Lowell era el poeta contra el que ella se medía, el poeta cuyos triunfos le inspiraban una suerte de tristeza y de envidia generosa.

En el caso de Plath estamos ante un personaje totalmente diferente, una «poetisa» que se define como prolongación de una estirpe de mujeres poetas cuyas rivales son otras mujeres. Es difícil imaginar a Moore o a Bishop escribiendo algo remotamente parecido a esto:

Arrogante, pienso que he escrito líneas que me definen como la Poetisa de América (así como Ted será el Poeta de Inglaterra y sus dominios). ¿Rivales? En el pasado Safo, Elizabeth Barret Browning, Christina Rossetti, Amy Lowell, Emily Dickinson, Edna St. Vincent Millay: todas muertas. Ahora: Edith Sitwell y Marianne Moore, gigantes envejecidas, y Phyllis McGinley, la madrina, fuera: verso de circunstancias, se ha vendido. Más bien: May Swenson, Isabella Gardner y, más cercana, Adrienne Cecile Rich, que pronto será eclipsada por estos ocho poemas. Estoy ansiosa, impaciente, segura de mi talento, al que sólo deseo domar y perfeccionar... contaré las revistas y el dinero que he empezado a ganar ahora con estos ocho poemas...

Cuando escribió estas líneas tenía apenas veinticinco años y los ocho poemas que acababa de terminar están lejos de ser sus mejores o más celebrados. Pero con el aumento de su reputación el autorretrato no varió: el 12 de octubre de 1962, el mismo día en que compuso «Daddy» («Papaíto»), escribió una carta a su madre:

Echo de menos tener alguna *mente* a mi lado, odio esta vida de vaca, me muero por estar rodeada de gente buena, inteligente. Aquí soy una poetisa famosa ... *The Listener* me menciona esta semana como una de la media docena de poetisas que perdurarán, incluyendo a Marianne Moore y las Brontë...

Días más tarde, en carta a su hermano y la mujer de éste:

... ¡el crítico del *Observer* me dedica una tarde en su casa para que le lea todos mis nuevos poemas! A. Álvarez es el crítico que más cuenta en este país, y dice que soy la primera poetisa que ha tomado en serio desde Emily Dickinson: no hará falta que diga que estoy encantada.

Menos de cuatro meses después, Álvarez escribía su epitafio en *The Observer*: «El pasado lunes, Sylvia Plath, poetisa norteamericana y esposa de Ted Hughes, falleció súbitamente en Londres». Álvarez consideraba a Plath, afirmó, «como la poetisa con más talento de su tiempo». Era un tributo sentido y apropiado. Si hubiera escrito algo parecido sobre Bishop, la habría deprimido, pero a Plath sus elogios la entusiasmaban. Ni Moore ni Bishop parecen haber rastreado sus orígenes en un linaje de mujeres poetas. Bishop sólo empezó a interesarse por Dickinson en la década de los cincuenta, con la aparición de la edición de Thomas E. Johnson, e incluso entonces, cuando hubo decidido que Dickinson era «de lo mejor que tenemos», fue capaz de añadir, en carta a Lowell, que «sus poemas dan algo de dentera, ¿no crees?». Moore admiraba a Dickinson pero no estaba ni remotamente influida por ella. Sus primeras influencias, que tuvo que combatir con fuerza, vinieron de Swinburne. Ezra Pound había compartido el mismo entusiasmo.

En cierto sentido, la ambición poética de Plath, su deseo de ser una poetisa, está en consonancia con lo convencional de su educación y su carácter. En contraste con Bryn Mawr, donde el feminismo formaba parte del ambiente, Smith estaba presidido por hombres, y tenía como fin producir mujeres que dieran brillo y lustre a sus maridos.

En Smith, una mujer utilizaba sus estudios como período de práctica antes de pasar a máquina la tesis doctoral de su marido: ése era el destino habitual del alumnado. No hay nada extraño en la obsesión por el matrimonio que revelan los diarios de Plath. Dicha obsesión seguía la línea ideológica promulgada por la institución, y fue el tema principal del discurso de Adlai Stevenson durante la ceremonia de graduación de Plath, en 1955. La mayor aspiración de una mujer, dijo este ilustre divorciado, era lograr un matrimonio creativo o, como recuerda Nancy Hunter,

ser esposas y madres solícitas, juiciosas, que debíamos usar lo aprendido sobre gobierno, historia y sociología para llevar a nuestros maridos e hijos por el camino de la razón. Los hombres, dijo, sufren muchas presiones y adoptan visiones estrechas: nosotras debíamos ayudarles a resistir dichas presiones y a educar a los niños para que fueran razonables, independientes y valientes.

Como es lógico, no todas las alumnas de la promoción del 55 eran de la misma opinión. Como afirma Polly Longworth:

Pienso que en nuestro estado mental podíamos oír el discurso de Stevenson –al fin y al cabo, nos habíamos educado en ese espíritu– sin creerlo. Smith nos había dicho algo diferente durante cuatro años. Fue sólo más tarde, al cumplirse sus palabras, cuando la mayoría de nosotras enloqueció.

Parte de nuestra sorpresa con Plath viene de pasar de una lectura inicial de *Ariel* al descubrimiento de este pasado marcadamente convencional. En el caso de Bishop, uno adivina una personalidad coherente: en la universidad, la poeta era recordada por ciertas acciones vagamente rebeldes, como descubrir que aunque el uso del coche estaba limitado, no había ninguna norma que prohibiera subirse a una calesa; o tener un plato de Roquefort junto a la cama y atiborrarse de queso antes de dormir para tener sueños más vívidos. En el caso de Plath uno descubre que cuando hubo una rebelión contra el uniforme de Smith (bermudas, mocasines y cuellos abotonados) y algunas chicas empezaron a salir descalzas y con tejanos, Plath no sólo tomó partido por los bermudas, sino que intentó llevar a las rebeldes a un comité disciplinario por «infringir las normas». De Plath la gente parece haber recordado detalles como el color de su equipaje (blanco y dorado) al llegar a Cambridge; y, por

alguna razón, lo que se me ha quedado grabado en la mente es el traje bordado de color rosa que su madre trajo para la boda, sabiendo, instintivamente, que nunca se lo pondría, y que Plath decidió le iría muy bien.

Soy consciente de que tanto la correspondencia con su madre como los diarios han sido editados por sujetos con intereses personales que han querido resaltar ciertos rasgos de su carácter en perjuicio de otros. Pero nadie puede responder de tal censura: por un lado, gestos convencionales y ambición superficial; por otro, un deseo misterioso, apasionado. Cuando Plath se define como mujer poeta, como poetisa, tal definición puede parecer un tanto pasada de moda, incluso para su tiempo. Pero es posible reconsiderarla y ver en ella el origen de su éxito.

Como dije no hace mucho, algo parece haber detenido a las mujeres a la hora de escribir poesía, y es posible que ese algo tenga que ver con la antigüedad y el prestigio del arte en cuestión: puede que, para bien o para mal, haya algo demasiado masculino en el arquetipo del poeta, con el que es difícil que una mujer se reconcilie. Dickinson encontró otro arquetipo: se convirtió en sibila, y tuvo que pagar el precio de vivir en una botella. Moore se disfrazó de rebelde y encontró, al cabo, como han descubierto tantas otras mujeres, que la excentricidad puede ser una buena amiga durante un tiempo, aunque a un alto precio. El excéntrico, al fin y al cabo, te invita a que no le tomes en serio.

Nunca sabemos si Moore —una personalidad perfectamente protegida, o eso parece, una experta en todo tipo de armaduras— logró lo que logró al coste de suprimir todo lo que podía ser interpretado como femenino. Sabemos que Bishop fue extremadamente cuidadosa a la hora de usar experiencias y emociones privadas en su poesía. Bishop escribió algunos poemas de amor, entre los que destaca el hermoso «The Shampoo» (que fue de despacho en despacho durante dos años antes de encontrar editor). Uno adivina, no obstante, que le hubiera gustado profundizar en esa dirección.

Plath tenía derecho —es evidente— a abjurar del arquetipo masculino e intentar revivir el significado de la palabra poetisa. Pero no sin problemas. Es posible establecer en este punto una analogía entre poetas y sacerdotes. Una mujer sacerdote no es simplemente una mujer que ejerce su derecho a hacer el mismo trabajo que el hombre. Su desempeño cambia profundamente la naturaleza de su trabajo, como no ocurre con una mujer mecánica o conductora. La mujer que se convierte en sacerdotisa transtorna la jerarquía simbólica de una religión o una secta. En el contexto cristiano, ésta es la razón de que sea casi imposible utilizar la palabra sacerdotisa, ya que viene asociada a una enorme carga de connotaciones paganas. Es curioso que la palabra haya retenido toda su capacidad de subversión: «Fui a la carnicería y me encontré con nuestra nueva sacerdotisa», y uno se imagina enseguida que estaba consultando